

XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2017.

# Maneras de hacer mundos en el discurso histórico.

Federico Ariel Rovner.

Cita:

Federico Ariel Rovner (2017). *Maneras de hacer mundos en el discurso histórico. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-022/147>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## **Maneras de *hacer mundos* en el discurso histórico**

Rovner, Federico Ariel

Eje 2 – Epistemología y metodología

Mesa 41 – Idealización y abstracción en las Ciencias Sociales. Revisión crítica

Facultad de Ciencias Sociales – UBA

[ariel.rov@gmail.com](mailto:ariel.rov@gmail.com)

### **Abstract**

El lenguaje tiene una función productiva más que reproductora: es por el lenguaje que la materia está dotada de significación; así, mediatiza nuestras formas de conocer. Dado que el lenguaje posee un sostén tropológico ineludible, no existe una aprehensión literal del mundo que no sea una interpretación figural. En este sentido, la ontología se constituye por medio del lenguaje: al clasificar, conceptualizamos el mundo y creamos una versión a partir de la cual operamos. Clasificar implica ejercer un poder simbólico basado en el carácter performativo del lenguaje, que consagra cosas que comienzan a existir en cuanto son distinguidas y reconocidas: un poder de constitución del mundo (“worldmaking”), que genera efectos reales al organizar nuestras percepciones y nuestro accionar. Esta cuestión es de vital importancia en la ciencia, que se sirve permanentemente de las clasificaciones que construye por medio del lenguaje. Siguiendo a H. White, la manera en que se narra la historia (seleccionando acontecimientos, prefigurándolos en hechos y tramándolos discursivamente: creando ficciones) cobra relevancia para comprender la forma en que se (re)construye el pasado, sólo accesible por medio del discurso. Bajo esta propuesta, intentaremos indagar la relación entre la narración histórica y los mecanismos de worldmaking descriptos por N. Goodman.

**Palabras clave:** filosofía del lenguaje, giro lingüístico, worldmaking, narración, ficción.

## Maneras de *hacer mundos* en el discurso histórico

### El hilo de Ariadna entre Goodman y White

*Historia*, s. Relato casi siempre falso de hechos casi siempre nimios producidos por gobernantes casi siempre pillos o por militares casi siempre necios.

*Diccionario del Diablo*. AMBROSE BIERCE

### Introducción

La preocupación por la relación entre lenguaje y cognición fue uno de los desplazamientos más influyentes operados en el debate filosófico occidental de buena parte del siglo XX, inaugurando lo que se ha dado en llamar el “giro lingüístico” (Rorty, 1990). En líneas generales, este cambio de dirección intentó situar el énfasis en la construcción de una filosofía que tuviera en cuenta la intersección entre el lenguaje y la constitución de *praxis* sociales (Giddens, 1990).

La consecuencia más destacada de esta renovada centralidad del lenguaje fue la aprehensión de que éste ya no constituye un medio transparente para representar ni acceder a la realidad cognoscible y, por lo tanto, debe ser él mismo objeto de indagaciones. Si bien la preeminencia de la “cuestión lingüística” se advirtió primeramente en la reflexión lógica y epistemológica, rápidamente permeó hacia otras disciplinas –psicología, sociología, ciencia política, historia– habida cuenta de que lo que se estaba poniendo en cuestión era la manera en que el lenguaje afecta la relación existente entre “teoría” y “verdad”. Si bien existe una notable heterogeneidad entre las diferentes corrientes –en particular vinculada con las disímiles nociones acerca de las características y funciones del lenguaje–, el problema seminal inaugurado por el giro lingüístico se ha vuelto difícil de soslayar.

En este sentido, podemos afirmar que existe un relativo consenso respecto a considerar que la relación entre lenguaje y cognición es estrecha y necesaria. En tanto sistema de símbolos compartidos por una comunidad, los sujetos se sirven de él con –por lo menos– tres propósitos: para *representar* un estado de cosas; para *comunicar* una experiencia individual; y, finalmente, como una actividad social y cognitiva, para *producir sentido*.

De acuerdo con esta tercera dimensión, el lenguaje tiene una función productiva y constructiva más que meramente reproductora; es a través del lenguaje –pero también gracias a él– que la materia está dotada de significación (Cassirer, 1963).

Si aceptamos la noción de que el pensamiento humano se estructura en forma discursiva (James, 2000), el lenguaje se convierte en un punto de paso obligado al mundo sensible: en una

palabra, el lenguaje mediatiza la forma de *conocer* de los sujetos<sup>1</sup>. Luego, la distinción interior/exterior, sujeto/objeto se disuelve: no existe un contenido inestructurado, una materia informe o un sustrato carente de propiedades; "podemos concebir palabras sin un mundo, pero no podemos concebir un mundo carente de palabras" (Goodman, 1990: 24).

La pertinencia de este enfoque radica en la comprensión de un hecho fundamental, a saber: el *carácter performativo* del lenguaje (Austin, 1998). Los sujetos, en su interacción y su mediación con el mundo, ejercen un *poder simbólico* que consiste en un poder de "hacer cosas con palabras"; es un poder que consagra o revela cosas que comienzan a existir en tanto tales cuando son seleccionadas y designadas, es decir cuando son distinguidas y reconocidas. Este poder simbólico es un poder de constitución del mundo, *worldmaking*; es la capacidad de formar clasificaciones que organizan la percepción del mundo —en particular, del mundo social (Bourdieu, 1988).

La conceptualización, hecha posible por el lenguaje, nos permite reordenar los objetos del mundo "sensible" y hacer inteligibles las experiencias perceptuales. Los conceptos estructuran nuestras percepciones y nos orientan en el mundo; consecuentemente, funcionan como un instrumento para acción (Blumer, 1982). La conceptualización es un producto del mundo; mundo que, por su parte, comienza a existir en la medida en que es conceptualizado.

En el proceso de formación de clasificaciones que organizan la percepción, la narración —una de las formas que puede adquirir el discurso— asume un rol preponderante. Narrar es una manera de combinar elementos, ordenarlos, ponderarlos y transformarlos en una entidad completamente novedosa. En palabras de Barthes:

"Un árbol es un árbol. No cabe duda. Pero un árbol *narrado* (...) deja de ser estrictamente un árbol, es un árbol decorado, adaptado a un determinado consumo, investido de complacencias literarias, de rebuscamientos, de imágenes, en suma, de un *uso* social que se agrega a la pura materia".  
(Barthes, 2003)

El discurso es, entonces, un uso; un "habla elegida por la historia": no surge de la naturaleza de las cosas —no puede definirse por su objeto ni por su materia, puesto que cualquier materia puede ser dotada arbitrariamente de significación—, sino que es producto del devenir histórico-social.

Quizá la disciplina más amarrada a la narración es la historia. Para Hayden White, la historia es un artefacto cultural heterogéneo —un texto que reúne diferentes discursos, condensados para formar una "entidad heteronómica"—, y que debe ser tratada, por lo tanto, como discurso

---

<sup>1</sup> Rechazar esta premisa producirá, naturalmente, un esquema completamente distinto. No nos proponemos discutir la validez de este enfoque, sino únicamente examinar su pertinencia teórica en virtud de la difusión que ha tenido. En este sentido podemos decir que es un concepto *eficaz*.

(Mendiola & White, 1999). White reconoce que en los últimos años ha habido un cambio de interés "desde el producto del enunciado al acto de enunciación", vinculado a la discusión en torno del carácter performativo del lenguaje:

"El lenguaje mismo es parte del mundo real y debe ser incluido entre los elementos de ese mundo, en lugar de ser tratado como un instrumento transparente para representarlo" (White, 2006: 25)

Dado que el lenguaje tiene un *sostén tropológico* ineludible, no existe una aprehensión literal del mundo que no sea, al mismo tiempo, una interpretación figural. "Las historias operan en el nivel de las figuras (...), y es su retórica la que nos permite discernir cómo dos figuras se relacionan" (White, 1992). Al sostener una visión figural de la relación entre la mente y el mundo, White afirma que el mundo está *prefigurado* en la aprehensión lingüística (Doran, 2008).

En efecto, si el discurso histórico es la forma privilegiada de representar acontecimientos, el modo de hacerlo es, por defecto, a través del texto narrado. Toda referencia a un hecho pasado es del orden de la invocación: "el despliegue narrativo es imposible de eliminar". Los hechos sólo pueden presentarse como parte de una narración histórica, que los moldea en el mismo acto de incluirlos (Gorlier, 2008)

El objetivo de White, quien argumenta la insostenibilidad de la "distinción entre relato histórico y relato de ficción", consiste en indagar si la *narrativa* es una forma discursiva aséptica, neutra, que puede resultar de utilidad al representar "acontecimientos reales", o si se trata de una forma discursiva que presupone una toma de posición epistemológica, ontológica y política (Núñez Villavicencio & Mungaray Lagarda, 2013).

El énfasis, sin embargo, no está puesto en discusiones acerca del grado de realismo, veracidad o científicidad de una obra histórica, sino en aspectos aparentemente formales: la imposibilidad de escapar a las figuras lingüísticas en la narración de los acontecimientos del pasado.

Afirmar que el lenguaje es una herramienta que media la comprensión del mundo por los sujetos a la vez que constituye el propio mundo por medio de clasificaciones –que estructuran las estructuras cognitivas de los sujetos–, concita numerosos interrogantes. Si el lenguaje se convierte en un generador de realidad, ¿tienen necesariamente los relatos históricos una existencia exclusivamente lingüística? ¿Existe algún criterio que permita distinguir a la historia de la pura ficción? ¿Es deseable sostener esta distinción? ¿Cuál es el rol de la historia, entendida como discurso y narración, en la producción de mundos? ¿Cuáles son los mecanismos de los que se sirve el autor para fabricar un mundo?

En el presente trabajo intentaremos profundizar acerca de estos interrogantes. Para ello haremos nuestros los aportes de Nelson Goodman y Hayden White. Desarrollando sucintamente

algunos de los conceptos medulares de cada autor, intentaremos, a la manera de Ariadna, tender un puente entre ambos que nos permita salir del laberinto.

## **Goodman**

Una de las ideas centrales del pensamiento de Goodman es que no existe una única versión correcta del mundo: existen muchos mundos, irreductibles unos a otros y que entran en mutuo contraste, correlativos a una inmensa diversidad existente de relatos (Schantz, 2009). En este sentido, su planteo puede ser considerado nominalista, irrealista y pluralista (Goodman, 1990). A continuación desarrollaremos estas categorías en el sentido de nuestra indagación.

En primer lugar, abordaremos la cuestión sobre el nominalismo<sup>2</sup>. El mundo, afirma, no está compuesto de objetos fijos, esencias o naturalezas últimas, que son captadas y rotuladas. Por el contrario, la ontología se constituye por medio del lenguaje: en el mismo proceso de clasificar, conceptualizamos el mundo y creamos una *versión* de él, a partir de la cual operamos. Las clasificaciones del mundo no tienen una razón de ser inmanente al sustrato material del cual versan: no existen clases fijadas en el mundo *a priori* de las versiones que los sujetos se forman. La relación entre rótulo y entidad es unidireccional: la clasificación, que no consiste en una mera taxonomía sino en un acto creativo, constituye al objeto clasificado. De no haber enunciados, no habría mundos, puesto que no hay acceso a una ontología que esté “desacoplada” de las clasificaciones establecidas por las propias versiones de mundo.

Si bien admite la existencia de una distinción entre mundos y versiones de mundo, “las diferencias que pudiera haber entre ajustar una versión a mundo, un mundo a una versión, o una versión con otras versiones, se desvanecen cuando reconocemos el papel que las versiones tienen a la hora de hacer aquellos mundos con los que se ajustan.” (Goodman, 1990: 185).

Para Goodman aquellas versiones que resulten “verdaderas” serán las que efectivamente produzcan esos mundos (Schantz, 2009). De hecho, si nos atenemos a la concepción lingüístico-pragmática de la realidad, podemos afirmar que por medio de las versiones de mundo producimos, activamente, los mismos mundos a los que dichas versiones refieren; bajo esta concepción, el pensamiento y el discurso, ligados a la acción, crean lo real mismo (Durkheim, 1976). Las versiones

---

<sup>2</sup> Sin entrar en disquisiciones lógicas, en “A world of individuals” (Goodman, 1956) sugiere que un sistema es nominalista si “no es posible componer dos entidades diferentes a partir de exactamente los mismos átomos”. Esto implica que si dos sistemas poseen las mismas entidades, ordenadas, ponderadas y combinadas de la misma manera, entonces son el mismo sistema; de no cumplirse esta condición, entonces los sistemas son distintos y son irreductibles entre sí. Adicionalmente, sostiene que “no hay una regla necesaria para la disposición de las entidades que conforman el mundo”.

son reales en tanto produzcan consecuencias reales<sup>3</sup>. De lo anterior se desprende que los mundos son mundos *hechos* por los propios sujetos a partir de mundos preexistentes: son mundos contruidos –o más específicamente reelaborados–, no encontrados: "el científico tanto dicta leyes como las descubre". En este sentido, el proceso de construcción de mundos implica disponer de material ya construido por sistemas descriptivos previos.

Lo que tienen en común la diversidad de sistemas generados son, justamente, los modos en que se generan. Así, Goodman indaga las relaciones que se dan entre los mundos y el proceso por medio del cual éstos comienzan a existir a partir de un número finito de mecanismos. El primero de ellos es la *composición/descomposición*, que consiste en separar y conjuntar —dividir en partes el mundo, desagregar clases, establecer distinciones, combinar rasgos, formar complejos—. Estos procesos de composición y descomposición se ven favorecidos por la aplicación de etiquetas, la agrupación de partes de dicho mundo bajo un mismo rótulo, que permite establecer la identificación de elementos que están en el mundo. Las versiones de mundo difieren según los géneros que en cada caso son pertinentes y que cada uno de ellos incluye.

El segundo de los mecanismos utilizados es la *ponderación*, que consiste en la acentuación de rasgos significativos que cada versión de mundo pone sobre las entidades que incluye. Para Goodman, "con el cambio de intereses o con nuevas intuiciones se altera la ponderación (...), de forma tal que el mundo que ayer era normal nos parece hoy extrañamente pervertido" (Goodman, 1990: 30). La ponderación permite no sólo componer mundos distintos a partir de un conjunto ya existente de entidades, sino también diferenciarlos.

El tercer mecanismo es la *ordenación*, que hace referencia a las secuencias en que se ordenan las entidades del mundo y la forma en que se derivan unas de otras. "Sólo podemos manejar perceptiva o cognitivamente grandes cantidades de material por medio de ordenaciones y agrupamientos adecuados". Estas formas de organización no se "hallan en el mundo", sino que "somos nosotros quienes las construimos y ponemos en un mundo".

El cuarto es el mecanismo de *supresión/complementación*, que consiste en procesos de eliminación de viejo material y aportación de nuevo. Se seleccionan los elementos relevantes, haciendo abstracción de ellos y simplificándolos. Por último está el mecanismo de *deformación*, que consiste en reconfiguraciones —ya sea correcciones o distorsiones— de caracteres de mundos preexistentes para adaptarlos a la nueva versión de mundo.

---

<sup>3</sup> En este sentido, su planteo puede ser considerado irrealista –y no antirrealista– porque acepta la utilidad de versiones de mundo alternativas, que son, no obstante, incapaces de abarcarse las unas a las otras de manera satisfactoria; ni el realismo –que afirma la existencia de una realidad externa– ni el antirrealismo –que la niega– agotan todas las perspectivas posibles (Schantz, 2009).

El pluralismo<sup>4</sup> de su planteo radica, entonces, en la posibilidad de construir una pluralidad de versiones de mundos a partir de este conjunto finito de operaciones. La pluralidad obtenida dependerá de la diversidad de *marcos referenciales* que se usen –que aparecen muchas veces como intraducibles, inconmensurables e irreductibles entre sí.

Sin embargo, estas diversas versiones de mundo pueden ser todas igualmente *correctas*. Por lo tanto, surge la pregunta siguiente: ¿Cuál es el principio que permite establecer la *verdad* y la *validez* sobre estas versiones de mundo? ¿Cómo es posible que se acepte la coexistencia de múltiples mundos, contradictorios entre sí? La posibilidad de construir numerosas versiones de mundo implica, necesariamente, que cualquier observación puede ser descripta utilizando una variedad indefinida de predicados: es decir, se rechaza la existencia de un principio de adecuación. Por lo tanto, la dificultad que se suscita es hallar el criterio por el cual sólo algunos predicados son seleccionados y puestos en consideración.

La solución radica, para Goodman, en el *principio de coherencia*. La idea central de las teorías que sostienen una justificación bajo la premisa de la “coherencia interna” es que los sistemas de creencias<sup>5</sup> son justificados holísticamente por medio de relaciones inferenciales *entre las propias creencias*, de modo tal que siempre será posible construir sistemas de creencias competitivas que sean igualmente coherentes (Seide, 2009).

En este sentido, tanto las reglas como las inferencias se justifican porque son llevadas a un acuerdo entre sí: una versión es verdadera cuando "no viola ninguna creencia que nos sea irrenunciable, ni tampoco quebranta ninguno de los preceptos o las pautas normativas que le van asociadas" (Goodman, 1990: 37-38). De esta manera, la verdad no se ha de definir por arreglo a un "principio de adecuación" —por las maneras-en-que-el-mundo-es: “no nos es posible comprobar una versión comparándola con un mundo no descripto, no representado, no percibido” (Goodman, 1990: 21)—, sino de acuerdo a la corrección: la sistematicidad, la fuerza lógica, la consistencia, la amplitud y la capacidad de información del sistema.

Consecuentemente, todo lo que podemos hacer es comparar unas versiones de mundo con otras, y no con el mundo propiamente dicho, puesto que no existe una “conciencia pura, no mediatizada, de los objetos externos o de los hechos tal como ellos son, independientemente de las conceptualizaciones que nos hacemos sobre ellos” (Schantz, 2009).

---

<sup>4</sup> En rigor de verdad, para Goodman la distinción entre “pluralismo” y “monismo” carece de importancia a la luz de su irrealismo: “cabe concebir un único mundo como si fueran muchos, o podemos comprender los muchos mundos como si fueran sólo uno y, en esos casos, serán uno o muchos según sea la manera como los concibamos” (Goodman, 1990: 18).

No obstante, la existencia de verdades en franca confrontación y de una pluralidad de “mundos reales” no debe ser vista únicamente como una afirmación retórica. Cf. Splett, 2009.

<sup>5</sup> Aquí entendemos por *creencia* cualquier representación lingüística y no lingüística, cf. Schantz, 2009.

Al rechazar un principio de adecuación a una realidad objetiva externa, Goodman considera que la única alternativa posible para justificar una dada creencia radica en la coherencia interna de dicho sistema de creencias; de este modo relativiza la importancia de la "verdad" de los enunciados. De hecho, sostiene que "el conocimiento no puede ser exclusiva ni tampoco primariamente una cuestión que se refiera a la determinación de lo que es verdadero" (Goodman, 1990: 42). El conocimiento apunta, en gran medida, a un objetivo distinto de la *creencia verdadera*. Por lo tanto no se debe aspirar a la verdad de las cosas, sino a ampliar la capacidad de *comprender*, de captar cosas que antes no se captaban: el conocimiento se produce no por la fijación de una creencia, sino por el "avance de nuestro entendimiento". Asimismo, afirma que la preocupación por lo verdadero será distinta ya sea que se trate de una versión de mundo de impronta científica o artística.

Para evitar el relativismo, Goodman sostiene que

"aunque sean muchas las versiones correctas y los mundos reales no se anula (...) la diferencia entre una versión correcta y otra errada, al igual que esa multiplicidad no nos obliga a aceptar la existencia de mundos meramente posibles (...), ni la pluralidad de versiones y de mundos implica que todas las alternativas correctas sean igualmente buenas para cualquier propósito dado". (Goodman, 1990: 41)

En efecto, una concepción debe probarse por sus efectos prácticos: las versiones de mundo existen en tanto y en cuanto produzcan efectos reales sobre el mundo que originan. El "temple" que pueda tener una visión de mundo en particular –vale decir, la manera en que elegimos algunos enunciados en detrimento de otros– tiene que ver con el *atrincheramiento* que tengan las clases que lo constituyen. El atrincheramiento deriva del uso de los predicados que conforman el mundo: está más atrincherada una versión de mundo cuanto más *proyectables* sean sus enunciados generales. La proyectabilidad implica que determinados conceptos pueden "ocurrir" en inferencias inductivamente fuertes. Para ser proyectable una hipótesis, se deben cumplir tres condiciones: no debe tener casos en contra, toda la evidencia debe presentar casos confirmatorios y la hipótesis no debe estar agotada (deben poder existir casos futuros).

Las hipótesis proyectadas en el pasado tienen predicados "mejor atrincherados". A la hora de comparar dos proyecciones en conflicto, deben tenerse en cuenta los casos futuros a la vez que el historial de proyecciones pasadas.

## White

La preocupación de White estriba en comprender los fundamentos discursivos de la escritura y de la conciencia histórica. A estos fines, su producción conceptual se destina fundamentalmente a la elaboración de una teoría sobre el texto histórico. La piedra de toque de su teoría es que toda historia es una narración: es imposible escribirla sin narrar. En este sentido, su postura confronta con la historiografía académica, cuestionando los presupuestos epistemológicos en que se funda: su concepción “representacionista” del conocimiento histórico; el ideal de “relato verdadero” acerca del pasado y la noción de historia como ciencia (Tozzi, 2009).

"Uno no puede historizar sin narrativizar, porque es sólo por medio de la narrativización que una serie de acontecimientos puede ser transformada en una secuencia, dividida en períodos y representada como un proceso en el cual las sustancias de las cosas puede decirse que cambian mientras que sus identidades permanecen las mismas" (White, 2006)

Entendiendo que el lenguaje no representa una herramienta transparente para "explicar la realidad", la *manera* en que se cuenta la historia cobra, en este sentido, mucha relevancia para entender la manera en que se (re)construye el pasado. La “nueva filosofía de la historia” es proclive, en este sentido, a participar de la reflexión sobre el lenguaje, tanto en sus dimensiones cognitiva como práctico-política y estético-expresiva (Tozzi, 2009): no oculta sus recursos discursivos, se apropia de ellos.

Es destacable recordar que "lo empírico, los datos, no nos obligan a optar por una u otra forma narrativa para dar cuenta de ellos"<sup>6</sup> (Mendiola & White, 1999); en este sentido, la forma en que el historiador selecciona los acontecimientos, los prefigura en hechos y los trama discursivamente está "sujeto a las elecciones, las inclinaciones y los prejuicios del historiador, que son inevitablemente morales y estéticos y no simplemente epistémicos" (Doran, 2008, pág. 34).

En un plano superior, el trabajo de la historiografía consiste primeramente en conceptualizar a sus objetos de interés, es decir, consagrar a determinadas entidades, que comienzan a existir en cuanto son conceptualizadas (White, 1992). Luego, la configuración de una situación histórica –sus actores, sus lugares–, su tramado, explicación e interpretación consisten en operaciones discursivas.

La historia es una forma de crear y otorgar significado a través de la figuración verbal. Cuando un historiador transforma una crónica en una historia, reconfigura los materiales en un proceso estético de construcción de la trama. Al construir la trama, organiza y dispone los

---

<sup>6</sup> Opinión compartida por Tozzi (2009): “no hay reglas lógicas que obliguen, a partir del registro evidencial, a adoptar una forma de conceptuar en lugar de otra”.

acontecimientos de acuerdo a un arquetipo histórico de cuatro posibles –novela, tragedia, comedia y sátira– (White, 2003).

La manera en que el historiador *prefigura* los hechos es a través de tropos o figuras del lenguaje –metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía–; éstos se hallan en un nivel pre-conceptual, de carácter estético que es determinante del nivel conceptual explícito. “Los hechos sólo se constituyen en tanto que tales en el relato” (Mendiola & White, 1999); de hecho, la distinción entre esos dos niveles –los hechos y las interpretaciones– es puramente convencional: “no es el caso en que un hecho es una cosa y su interpretación otra. El hecho es presentado donde y como está en el discurso para sancionar la interpretación a la cual se trata de contribuir” (White, 1978<sup>7</sup>).

Si bien el discurso —especialmente el discurso histórico— “refiere a objetos y acontecimientos en un mundo real”, éstos no son perceptibles: “los acontecimientos y las personas con que los historiadores lidian ya no están presentes a la percepción”. Dado que sólo interactuamos con discursos, “nos ocupamos, después de todo, con artefactos verbales” (White, 2003). Por lo tanto, White considera que estos objetos deben ser *construidos*, y el único medio posible de que dispone el historiador para la reconstrucción de los acontecimientos es la narración. Tramar e interpretar los acontecimientos, transformarlos en discurso histórico, es “ficcionalizarlos”. Así,

“todas las historias son ficcionales en el sentido de que son esquemas imaginarios (...) hayan o no tenido lugar los acontecimientos a los que se refieren” (Doran, 2008, pág. 39).

Sin embargo, lo que podría parecer un problema para la concepción representacionista de la historia —en la medida en que los límites entre historia y literatura se vuelven cada vez más etéreos—, es para White un punto a favor: las historias “ganan parte de su efecto explicativo a través de su éxito en construir relatos a partir de *meras crónicas*” (White, 2003). La narrativa es el instrumento performativo para actuar con los auditorios: no sólo para comunicar información, sino para impulsar a las audiencias en una determinada dirección.

“La literatura y la historia tienen en común, como productos de enunciados performativos, que son de naturaleza retórica y cuyo efecto es el de la construcción ideológica de la realidad.” (Mendiola & White, 1999)

La retórica, en este sentido, cobra un valor fundamental: el análisis retórico del texto permite, a su vez, “identificar los contenidos ideológicos” de acuerdo a los efectos a los que apunta el texto así construido. “Al escribir, actúo en el medio ambiente, en vez de sólo notificar a un

---

<sup>7</sup> Citado en Tozzi (2009).

auditorio determinada información (...). Cuando produzco [un acto de enunciación], tengo un efecto o quiero tener un efecto" (Mendiola & White, 1999).

Es menester resaltar que como elementos potenciales de un relato, los acontecimientos históricos "tienen un valor neutral". En este sentido,

"que encuentren su lugar finalmente en un relato que es trágico, cómico, romántico o irónico, depende de la decisión del historiador de *configurarlos* de acuerdo con los imperativos de determinada estructura de trama" (White, 2003)

La figuración es necesaria para caracterizar a los sujetos, y la tropologización, para hacer conexiones entre acontecimientos, dotándolos de un significado de trama. Entonces, en la medida en que el discurso histórico está condenado sin quererlo a la *narrativización*,

"está por esta sola circunstancia comprometido con las prácticas ideologizantes, [es decir] la dotación de acontecimientos pasados con los significados y valores relevantes a la promoción de programas políticos y sociales en el presente para el cual el historiador escribe". (White, 2006)

En efecto, en el "proceso de composición del texto", el historiador selecciona unos acontecimientos —a su juicio, "relevantes"—, prefigura los hechos y "excluye otros que desde otro punto de vista podrían haber sido incluidos", y los trama, por medio de tropos, en la forma de un relato que pretende, de la misma forma que el relato literario, "proporcionar una imagen verbal de la realidad" (Núñez Villavicencio & Mungaray Lagarda, 2013). La manera en que se accede al pasado es a través de textos o artefactos literarios; pero "el pasado que se presenta está ya procesado ideológicamente" (Mendiola & White, 1999).

La *verdad* de un relato no radica en su correspondencia con los hechos del pasado, sino en la manera en que esos hechos se traman. Y la elección de la trama, acto creativo por medio del cual el historiador prefigura los hechos, responde a "preconceptos y preferencias emotivas" del propio historiador. En su labor, el historiador es *reconocido* en tanto y en cuanto haga un manejo de los documentos conforme a lo aceptado convencionalmente por la comunidad académica de los historiadores, que impone directivas sobre el método a llevar adelante en la producción de conocimiento histórico, "decide qué pruebas uno puede utilizar" y "erige reglas para el manejo de los documentos".

Para White, el criterio de verdad no radica en la supresión de la retórica, la "adecuación" o la aplicación estricta del dogma empirista —al cual considera "una ideología", y que debe ser

contextualizado en la época de consolidación institucional de la historia como disciplina—; sino en un *criterio de coherencia* (Mendiola & White, 1999).

### **Consideraciones finales**

La concepción –de naturaleza lingüística y marcado talante pragmático– según la cual las clases construidas discursivamente producen, en el mismo acto, a los objetos clasificados, es una idea relativamente establecida en las Ciencias Sociales. Como vimos, la versión goodmaniana de esta noción presenta unas características peculiares que recuperaremos a continuación.

En primer lugar, supone aceptar que el flujo entre clasificación y objeto clasificado es unidireccional: si bien las clasificaciones proceden de la acción creativa de sujetos inmersos en una versión de mundo preexistente, el propio mundo sólo comienzan a existir por medio del acto clasificatorio. No hay mundo por afuera de las versiones que nos hacemos de él: de esta manera, se disuelve la distinción sujeto/objeto.

De esto se deduce que pueden coexistir –y de hecho existen– concepciones distintas, igualmente correctas aunque incompatibles e irreductibles entre sí. En virtud de la ausencia de una realidad objetiva externa que sirva como referente para evaluar el mutuo ajuste entre “mundo” y “versión”, la solución de Goodman radica en un principio de coherencia interna. A la hora de comparar dos versiones en conflicto, es importante reconocer el atrincheramiento de las clases que las componen. La mayor corrección de una determinada versión de mundo está dada, podríamos decir, por una “eficacia” fundada en el carácter performativo del lenguaje.

El esquema que hemos trazado en pocas palabras resulta particularmente útil al describir el oficio del historiador, cuya fuente primaria de indagación son los textos. En este sentido, constatamos que el hilo que une a ambos autores radica en el reconocimiento de que el proceso por el cual se construye el relato histórico es, al mismo tiempo, un proceso por el cual se producen determinadas versiones de mundo.

No debería sorprendernos, entonces, la observación de que en la narración histórica operan todos los mecanismos de creación de mundos trazados por Nelson Goodman. La selección de determinados acontecimientos, su prefiguración en hechos y su tramado en relatos —la forma en que se concatenan, se realzan y se eligen determinados eventos de una cronología— constituyen actos creativos homólogos a los procesos de composición y descomposición, ponderación, ordenación y deformación.

El historiador asume un rol activo en la construcción de la historia eligiendo maneras de narrar y sirviéndose de figuras literarias, consciente del carácter performativo de su relato. La historia, al igual que la materia, no es inestructurada: está en todo momento sujeta a una *forma* –una suerte de "categorías del entendimiento" que le asignan propiedades y la tornan perceptible y transmisible–. La historia sólo existe por medio del relato, fraguado por un uso social del lenguaje. El pasado sólo es accesible por medio del discurso.

La narración, constituida en y para la historia, tiene la capacidad de formar clasificaciones que organizan la percepción del mundo, y nos permiten captar un pasado que se nos presenta como preinterpretado. La historia es una empresa creativa, implícitamente política e ideológica, que afirma y expresa la autocomprensión de un grupo o una comunidad. En tanto que es narración, también es ficción.

Concluiremos esta breve disertación con una reflexión. Es menester comprender la necesidad de los tropos en la elaboración del relato histórico, aceptar que el lenguaje no es una herramienta transparente para el conocimiento del mundo y abandonar el pensamiento naturalizado –que nada tiene de natural– que pretende de la historia la tarea de descubrir la verdad literal de los acontecimientos del pasado.

Como vimos, las categorías construidas por la historia producen efectos sobre el mundo del que versan. Aceptar que la indagación histórica consiste no sólo en una pregunta por el pasado, sino también en una concepción sobre el presente y en un proyecto sobre el futuro tendrá un efecto liberador. Sólo así podremos conducirnos, con paso firme y seguro, afuera del laberinto.

## Bibliografía Consultada

Barthes, Roland (2003). *Mitologías*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourdieu, Pierre (1988). *Cosas dichas*. Buenos Aires: Gedisa.

Cassirer, Ernst (1963). *Antropología Filosófica: introducción a una filosofía de la cultura*. México: FCE.

Doran, Robert (2008). “Humanismo, formalismo y el discurso de la historia”. En H. White, *La ficción de la narrativa*, pp. 19-49. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

Durkheim, Émile (1976). *Pragmatismo y sociología*, Buenos Aires: Ed. Schapire

Giddens, Anthony (1990). “El estructuralismo, el post-estructuralismo y la producción de cultura” en *La teoría social, hoy*.

Goodman, Nelson (1956). “A world of individuals” en Bochenski, Church y Goodman, *The Problem of Universals: a symposium*. Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press, pp. 13-31.

Goodman, Nelson (1990). *Maneras de hacer mundos*. Madrid: Visor.

Gorlier, Juan Carlos (2008). *¿Confiar en el relato? Narración, comunidad, disidencia*. Mar del Plata: EUDEM

James, William (2000). *Pragmatismo*. Madrid: Alianza

Mendiola, A., & White, H. (1999). “Hayden White: la lógica figurativa en el discurso histórico moderno. Entrevista a Hayden White”. Revista *Historia y Grafía* N° 12, pp. 34-54. Departamento de Historia, UIA, México.

Núñez Villavicencio, H., & Mungaray Lagarda, M. (2013). Metahistoria, discurso narrativo y representación histórica en Hayden White. Revista *Observaciones Filosóficas* N° 15, UAEM, México.

Rorty, Richard (1990). *El Giro Lingüístico. Dificultades metafísicas de la filosofía lingüística*, trad. Gabriel Bello. Barcelona: Paidós.

Schantz, Richard (2009). “Goodman on truth” en Ernst, Steinbrenner, Scholz (eds.), *From Logic to Art. Themes from Nelson Goodman*, Frankfurt: Ontos Verlag.

Seide, Ansgar (2009). “Contextualist references in Nelson Goodman’s solution to the ‘New Riddle of Induction’” en Ernst, Steinbrenner, Scholz (eds.), *From Logic to Art. Themes from Nelson Goodman*, Frankfurt: Ontos Verlag.

Splett, Thomas (2009). “How much of a relativist is Goodman?” en Ernst, Steinbrenner, Scholz (eds.), *From Logic to Art. Themes from Nelson Goodman*, Frankfurt: Ontos Verlag

Tozzi, Verónica (2009). “Hayden White y una filosofía de la historia literariamente informada”, *Ideas y Valores*, Volumen 58, Número 140, p. 73-98.

White, Hayden (2006). "Discurso histórico y escritura literaria". En K. Korhonen, *Tropes of the past* (págs. 25-33). Ámsterdam-Nueva York: Rodopi.

White, Hayden (2003). *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona: Paidós.

White, Hayden (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: FCE.